

## 119. Esclavos, ¡nunca!...

Existe una palabra que la pronunciamos casi siempre como una maldición. Es la palabra *esclavitud*. Ser esclavo es haber perdido el don de la libertad, regalo grandísimo de Dios a la persona. Quien esclaviza a otro es el ladrón más grande y el mayor criminal que existe, porque roba la riqueza máxima y mata sin piedad a su víctima. Al revés, no hay palabra tan bendecida por todos como la palabra *libertad*.

El apóstol San Pablo nos dice que Jesucristo nos liberó de toda esclavitud. De la del demonio, primeramente. Satanás nos tenía atenazados con el pecado y con la futura condenación.

Jesucristo nos liberó de la esclavitud de una ley que no engendraba hijos de Dios, sino unos servidores llenos de miedo.

Nos liberó Jesús, además, del dominio de unos sobre los otros, porque nos declaró a todos por igual hijos de un mismo Dios y hermanos entre todos.

Jesucristo nos libró hasta del miedo a la muerte, que nos convertía en unos esclavos al saber que un día tendríamos que morir. Ahora sabemos que los vencedores seremos nosotros, porque resucitaremos, la muerte ya no nos sujetará más, y ahora mismo aceptamos la muerte con verdadera libertad, pues le decimos, cuando llega la hora: *¡Bienvenida!*, porque nos une a la muerte de Jesucristo que murió libremente por nosotros.

Si esto es así, San Pablo sacará entonces la consecuencia necesaria: *Habéis sido llamados a la libertad... Habéis sido comprados con sangre: no os hagáis esclavos de nadie... Cristo nos ha liberado, para que seamos libres...*(Gal. 5,13. 1C 7,23)

Todo esto está muy bien, ¿no es así?... ¡Claro que está muy bien, como que es palabra de Dios! Pero hoy, esta palabra de Dios tiene una resonancia social muy grande. En tiempos de Jesucristo y de los Apóstoles, se trataba de dos cosas diferentes.

Entre los judíos, era cuestión de verse libres de la esclavitud de la ley antigua y poderse abrazar con la ley del Espíritu, que es ley de libertad.

Socialmente, dentro del Imperio Romano y en otros muchos pueblos, era cuestión de eliminar la esclavitud, ya que las personas libres eran pequeña parte frente a una multitud de esclavos, los cuales no tenían derecho ni a la vida, porque ésta dependía de la voluntad caprichosa de los dueños.

Pero, ¿había bastante con esa libertad frente a la ley y a la sociedad? No, no había bastante. Era cuestión de dar un paso más adelante, y alcanzar la libertad sobre sí mismo. ¿Qué se sacaba con ser libres ante los otros si se caía en la esclavitud peor, como es la esclavitud de la propia voluntad, que se rinde impotente al vicio? El apóstol San Pablo lo repite también con insistencia: *Esclavos del pecado con destino a la muerte y la condenación, ahora sois libres llamados a la vida eterna... El Señor me ha librado de todas las obras malas... Libres del pecado, ahora sois siervos sólo de Dios...* (Romanos 6,20-22, etc.)

Un filósofo pagano, con sólo la luz de la razón, decía lo mismo que Pablo y en sus mismos días: *Soy mayor, y he nacido para cosas más grandes, que no para ser esclavo de mi cuerpo.*

Hoy nos hemos metido con este tema de la esclavitud y de la libertad: de la esclavitud, para maldecirla y luchar contra ella; de la libertad, para disfrutarla y trabajar por defenderla e implantarla.

¿Y dónde tenemos nuestro campo de acción?

Luchamos, primeramente, más que contra leyes injustas, contra prácticas que nos quieren imponer, que son inaceptables para nuestra conciencia y que, además, nos convierten en esclavos. ¿Qué decir de leyes favorecedoras del aborto, de la esterilización, de la homosexualidad, de la eutanasia o de la llegada de la vida por probetas o por lo que sea?... Citamos nada más unos ejemplos más actuales.

Cuando se nos pide luchar contra un proyecto de ley injusta, hay que unirse a todos los movimientos cristianos y cívicos que la protestan, a fin de que nuestros assembleístas no caigan en la aberración de sujetarnos a unas formas modernas de esclavitud que nosotros no podemos aceptar de ninguna manera.

Luchamos contra la situación social de muchos hermanos, esclavos de los demás porque no tienen ni lo más imprescindible para vivir.

Luchamos contra sistemas de gobierno que ahora ya resultan un anacronismo, una antigualla y un fracaso, pero que, de hecho, no acaban de morir en nuestras tierras. No queremos dictaduras de ninguna clase, sino la democracia más limpia.

Luchamos contra la explotación de nuestras tierras por multinacionales que las tratan sin ningún escrúpulo. Tenemos derecho a un *habitat*, a espacios vitales en nuestros bosques, lagos y ríos, que han sido una bendición de Dios y se ven ahora destrozados con graves desequilibrios para la Naturaleza.

Luchamos contra la droga, el alcoholismo y el libertinaje sexual, porque convierten en esclavos a muchos hermanos nuestros. Porque ponen en peligro a muchos niños y a tantas jovencitas. Porque deshacen las familias. Porque destrozan muchas conciencias y las abocan a peligros graves contra su salvación.

¡Jesucristo nos ha dado la libertad! Luego tenemos derecho a luchar contra todo lo que nos reduce a esclavitud. No tomaremos las armas en nuestras manos. No quebrantaremos las leyes justas de nuestros pueblos. Pero tampoco se callarán nuestras voces, ni dejarán de moverse nuestros pies y de agitarse nuestras manos, hasta conseguir más libertad en nuestras instituciones, en nuestras costumbres y en nuestras actuaciones. Si la libertad es tan sagrada y es tan gran regalo de Dios, ¿por qué no la vamos a procurar con todos los medios a nuestro alcance?...